



SEDUCIENDO
A LA
CORONA

AMANDA J. QUEIROZ

Seduciendo

a la

corona

AMANDA J. QUEIROZ

Seduciendo a la Corona

© 2017 Amanda J. Queiroz

Portada: J&J CoverArt

Imagen de portada: ©CanStockPhoto/ Fotoliti

Imagen primera página: [Olga spb / Freepik](#)

Corrección: J&J CoverArt

Maquetación: J&J CoverArt

ISBN-13: 978-1976074370

ISBN-10: 1976074371

Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, así como el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método.

A JM, que además de enseñarme a amarle, hace que aprenda a quererme a mí misma.

01.SECRETOS

Te deseo a alguien

*que no te diga lo guapa que eres
sino que te lo enseñe,
para que te lo aprendas
sin necesidad de repetírtelo.*

*Te deseo un poema sin adorno,
frases ridículas,
palabras llanas y simples,
para que entiendas que en el amor
poesía es lo que sale de su boca
y no lo que lees en los libros.*

*Te deseo un amante con el corazón roto
para que sepa entenderte
y para que respete tu tristeza
cuando haya humedades,
pero sobre todo
para que proteja los destrozos del tuyo
con el suyo*

y cuando tiemblen

tener un sustento.

Te deseo un admirador del nudismo

para que vivas lo que es una mirada desmaquillada,

para que coloques los espejos al otro lado,

para que te lleve con los ojos

a amar tu cuerpo sobre todas las cosas,

para que respete tu belleza

y haga de tu silueta el mapa de su tesoro.

Te deseo a un fiel del mar

para que jamás detone las olas de tus lagrimales,

para que acepte que un día serás calma

y tempestad

y aun así decida volver a ti cada día,

para que no evite que te derrames,

para que lleve tu sabor en la piel

y mire dentro de ti aunque escueza.

Te deseo a un poeta

con toda mi pena

para que te condene en su egoísmo

*a la eterna salvación,
para que te haga inmortal
cuando tengas ganas de morir,
para que la única bala que te dispare
cuando le abandones
-porque tú eres un pájaro atrapado en la nieve,
recuérdalo, amor mío-
sea la que detona una palabra,
para que cuando te sientas nadie
recuerdes que eres el olvido de alguien.
Te deseo a tantas personas
como amor quiero hacerte.
Yo, sin embargo,
solo te deseo a ti.*

Sin embargo, Elvira Sastre.

Se había ido. Sí, Alex se había ido dejando una simple e inútil nota escrita con una caligrafía prácticamente ilegible:

Lo siento Thomas, lo he intentado, pero, este mundo no es para mí. Creo que estaremos mejor si vuelvo a Crystal. Te quiero. Alex.

¿Me quería? ¿Cómo podía quererme si se había marchado de la forma más cobarde jamás conocida? Me había decep-

cionado más de lo que nadie había conseguido hacerlo antes. Había sido una jornada extremadamente agotadora. Había recibido noticias para las que aún no estaba preparado. Y para rematarlo, cuando fui a su habitación con intención de encontrarla para que me acompañara a dar un paseo, en su lugar, solo encontré la hoja de un libro que había sido arrancada y garabateada encima.

Tras varios meses aún no estaba completamente seguro de si lo que más me molestaba era haberme equivocado con ella o el no haber dado la oportunidad a alguien que de verdad la supiera aprovechar.

Doblé el papel y suspiré. Hacía bastante tiempo que no sabía nada de ella. Varios meses desde que se marchó, y, aunque podría suponerse que sería tiempo suficiente como para haberme olvidado ya de ella, cada día abría aquella miserable nota para leerla una y otra vez sin llegar a comprender nada. Algo en mi interior estaba seguro de que ella se quedaría a mi lado, pero, al parecer, siempre había una primera vez para

todo y era la primera vez que me equivocaba con alguien.

El hecho de que ella se marchara de aquella forma supuso la inmediata ruptura del acta de matrimonio por abandono del hogar, con que ahora más que nunca sentía la presión por parte de mi madre para que me casara con Lissandra, pero seguía negándome.

Que el matrimonio que había contraído con Alexandra se hubiera roto por una cláusula que especificaba que el abandono del hogar suponía la nulidad del mismo no significaba que yo me fuera a casar con Lissandra. Seguía odiándola como siempre lo había hecho y eso no iba a cambiar.

La semana anterior había ordenado a James que me buscara el detective más eficiente del país y me trajera los trapos sucios de Lissandra, el ojito derecho de mis padres. Era como si no hubiera ninguna otra mujer en la faz de la tierra digna de mí, solo ella, y como bien había dejado ya claro incontables veces, no estaba de acuerdo con nada de aquello, y pensaba luchar negándome a ello cada segundo de ser posible.

Debía escribir un discurso para mi cumpleaños, el cual tendría lugar dentro de poco más de un mes, y la hoja con el membrete real seguía en blanco. No podía escribir nada que no transmitiera al pueblo lo frustrado que me encontraba, tanto con mi vida privada como con la pública.

Los medios de comunicación se preguntaban por qué un Príncipe que iba a cumplir sus veintiocho años seguía sin una esposa. Según ellos debería al menos tener una prometida. Aunque en palacio todos supieran que yo llevaba toda la vida prometido a Lissandra, ese no era un tema al que la prensa pudiera tener acceso. Y

como no sabían ciertos temas sobre mi vida, surgían rumores sobre mi orientación sexual provocando un verdadero caos. No podía acallar a los medios. Amenazarles con demandas no iba a funcionar, con que intentaba tomármelo con humor. Desde luego estaba muy seguro de mi orientación sexual, simplemente me negaba firmemente a atarme a una persona a la que no podría soportar ni un solo día.

Alguien llamó a la puerta y levanté la vista de la hoja en blanco.

—Adelante. — Solté después de aclararme la garganta.

La puerta se abrió y por ella asomó James.

—Alteza, vengo a traerle los resultados de la investigación.

—¿Buenos o malos resultados? — Pregunté impaciente al ver la carpeta que llevaba entre sus manos.

Mi jefe de seguridad pareció dudar en si dármelo o no.

—Depende de por donde se mire... Y estoy completamente seguro de que no le gustará nada.

Extendí la mano hacia él para que me diera la carpeta.

—Eso lo decidiré yo, dámelo anda.

James volvió a vacilar dando un paso hacia atrás.

—Alteza yo no creo...

Erguí una ceja y volví a extender el brazo en su dirección.

—James, es una orden, ahora.

Él suspiró y me entregó la carpeta de color burdeos con el Escudo Real estampada en ella.

—¿Qué puede ser tan malo como para que reacciones así?

Apoyé la carpeta sobre la mesa de roble y la abrí. En la primera hoja volvía a salir el escudo heráldico de la familia. Seguí pasando varias hojas hasta que di con fotos de Lissandra enrollándose con otro.

—¡Ja! Te pillé —Grité contento hasta que pasé unas cuantas fotografías y descubrí quién era su amante. — Mierda... No puede ser, esto tiene que ser una broma.

Alcé la vista hacia James y él se encogió de hombros.

—Le dije que no le iba a gustar.

Me eché hacia atrás en el sillón, me tapé la cara y solté un grito frustrado para acto seguido soltar un puñetazo a la mesa.

—¡No puede ser!

02. CLASES DE ETIQUETA.

Que desgraciado el tiempo, que nos puso en el momento equivocado; nos dio alas sin ofrecernos un cielo.

Andrés Barroso

—¿Quién es éste? — Preguntó Dolce Swinger mirándome fijamente. Sabía que

si respondía incorrectamente me daría con ese maldito abanico que llevaba de un lado a otro.

—Bruce Salazar, Rey de Saphir. —En cuanto esas palabras salieron de mi boca

ella me pegó con una sonrisa diabólica dibujada en los labios.

—Mal niña, mal.

—Gadriel, segundo hijo del rey Fabián de Rubinrot. —Soltó Serena sin apartar la vista de su revista de prensa rosa.

¿Cómo podía aprender más rápido que yo cuando las clases solamente me las impartían a mí?

Estaba completamente segura de que se pasaba las noches en vela memorizando todo con la simple intención de dejarme en ridículo ante Madame Dolce.

Madame Dolce era la profesora de etiqueta y protocolo social que James dijo que conseguiría para nosotras, siempre y cuando se mantuviera en secreto.

Desde que me fui de palacio habían transcurrido más de cinco meses, tiempo suficiente para que Serena volviera al Palacio Real para recibir su recompensa. James la había convencido de que ese dinero nos ayudaría a salir adelante mientras yo me preparaba para volver a Palacio y recuperar lo que era mío por elección del Príncipe.

Debía estar preparada cuando volviera al Reino. Tenía como objetivo demostrar a la nobleza que no solo yo, sino cualquier mujer podría conseguir todo aquello que se propusiera sin ser frenada. Y ahora mi misión era demostrar a todos los que un día me juzgaron y no creyeron en mí que yo era mucho más que una simple mujer de campo, y que podía ser tan fina como me lo propusiera.

— ¿Y éste?

Miré la foto y sonreí. Por fin uno que me sabía bien. Rubio, ojos verdes, con un carácter ambiguo y primo tercero de Thomas.

—William Oliveira, de Granate.

Madame Dolce suspiró y asintió.

—Creo que ya basta por hoy, me has saturado con tantas equivocaciones. Más te vale espabilar o acabarás sin brazos de tantas caricias de mí querida Beck.

Beck era el tan odiado abanico con el que me pegaba todas las veces que erraba en alguna lección.

En numerosas ocasiones había fantaseado con quemarlo, pero dudaba mucho que eso fuera a mejorar las cosas.

Madame Dolce deslizó su silla hacia atrás sin hacer el más mínimo ruido y con elegancia grácil tal y como me había enseñado.

Una vez se había levantado, se alisó el vestido delicadamente. Luego me miró y esperó a que repitiera el mismo proceso, pero no tan grácil y elegante como ella.

Nos despedimos con un único beso en la mejilla y se marchó dejando claro que a la mañana siguiente continuaríamos. Sin muchas ganas de que me siguiera maltratando, acepté con un leve asentimiento de cabeza.

—Recuérdame, ¿por qué tengo que hacer esto todos los días? —Me dejé caer en

el sillón entre un suspiro de cansancio.

Serena levantó la vista de su revista de moda y me miró divertida. Desde luego seguía siendo el mismo angelito diabólico de siempre. Le encantaba verme sufrir, aunque luego alegrara que lo hacía con buena intención.

—Porque según tú tienes que demostrar a todos que puedes ser la Reina que buscan para el futuro Rey de este país.

Por si no os lo había dicho antes, Serena volvió al palacio a por el dinero que la Reina le había prometido por deshacerse de mí, y con una pequeña parte se había comprado una casa en la costa de Diamound, donde vivíamos como dos solteras a quienes no conocían de absolutamente nada, ya que Serena odiaba entablar conversación con vecinos. También era donde Madame Dolce me impartía las clases de etiqueta día tras día.

—Me pregunto qué estará pasando en palacio ahora mismo...

Suspiré intentando imaginarlo, pero no era capaz de concentrarme lo suficiente.

—Eso es fácil, Karol sigue intentando que Thomas se case con la princesa de Esmeralda, conocida también por Lissandra la pechugona.

Miré a Serena, que seguía concentrada en la revista Vogue.

—En serio, esa chica tiene las peras más grandes que las tuyas.

Rodé los ojos y me levanté para luego irme a la cocina con intención de prepararme un çay.

El Çay era una especie de té negro turco al que le había acabado cogiendo el gustillo tras un par de lecciones sobre cómo comportarse en un pisolabis entre las damas de la alta sociedad. ¿Cómo me iba a imaginar que llevaba toda la vida cogiendo mal la taza de té? Esas lecciones me estaban matando de hambre, y tenía la leve corazonada de que la Realeza por muchos millones que llevaran detrás, pasaba más hambre que un ratón callejero.

— Mañana Eduardo viene para vuestra sesión de footing...

—Gritó Serena desde

el salón haciéndome atragantar con el dichoso té.

Eduardo era el entrenador personal que Serena había contratado para ponerme en

forma. No sabía quién era peor, si él o Madame Dolce. Acababa agotada cuando venía. Me torturaba con carreras de

varios kilómetros, con ejercicios cardiovasculares, y el peor de todos: la cuerda de batalla.

En cinco meses, desde que todo acabó y una nueva historia empezó, había conseguido adelgazar ocho kilos. Entre tanto ejercicio y tan poca comida que se me permitía comer había conseguido bajar tres tallas.

Debía admitir que ahora me cansaba menos y me sentía mucho más liviana.

Después de todo, podía sacar algo bueno de todo eso. ¿O no?

—Genial—Susurré para mí misma depositando la mirada en las preciosas vistas

de la costa de Diamound.

Todo se teñía de verde, naranja y rojo por el avanzado otoño y luego estaba el intenso azul del cielo que empezaba a pigmentarse de pequeñas tonalidades de naranja y rojo. Dentro de pocos días llegaría el invierno. Solo esperaba que el paisaje siguiera siendo tan hermoso como en ese momento.

¿Alguna vez he citado que me encanta admirar el cielo? Pues sí, me encantaba ver como cambiaba de colores al amanecer o al atardecer, como poco a poco llegaba a parecer un auténtico lienzo pintado por Claude Monet. Realmente fabuloso y nostálgico cuando estabas a miles de kilómetros de tus tierras.

Bebí un sorbo de té y suspiré. Realmente echaba de menos la granja, sobre todo a mis padres, a quienes por cierto seguía mintiendo al decirles que todo era una auténtica maravilla en el reino de Diamound.